

Imperialismo, guerra y resistencia

Fernando Martínez Heredia

Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Es necesario y urgente un trabajo de identificación y análisis de los rasgos fundamentales del imperialismo contemporáneo.¹ No digo imperio, porque entiendo que este término, puesto en boga recientemente, no es adecuado para calificar el fenómeno al que alude, y sí lo es el concepto de imperialismo,² que cuenta con un siglo de abordajes científicos y tiene una clara significación ideológica que no debemos perder. A mi juicio, los estudios sobre el imperialismo actual no pueden limitarse a recolecciones y análisis de datos recientes acerca de la dimensión económica de las sociedades, seguidos de otros relativos a sus funestas «consecuencias» sociales, ni es suficiente llegar solo a comprensiones conceptuales acerca de aquella economía. Los análisis del imperialismo deben incluir su estrategia contra la formación de alternativas rebeldes a su dominación, y también considerar las formas y el grado en que la naturaleza actual de ese sistema favorece o debilita su propia estrategia. Solo así ayudaremos a la tarea crucial de relacionar la caracterización del enemigo de la vida humana y del propio planeta en que vivimos con el pensamiento y las propuestas de un movimiento plural que tiene como

denominador común lograr cambios radicales y contribuir a la creación de «otro mundo posible».

Mi exposición se mantendrá en un nivel de generalidad correspondiente a los propósitos de su primera versión, pero está basada en análisis de situaciones concretas, y tiene muy en cuenta las grandes diferencias y las especificidades que concurren en el tema.

La guerra cultural y la guerra

Hoy funcionan dos lógicas de terror y guerra a escala mundial. Una emprende la guerra, la intervención violenta o la amenaza de ella, dondequiera que eso favorece la dominación y los intereses imperialistas, o la eliminación de posiciones autónomas y riesgos de formación de rebeldías. Los medios que utiliza son las presiones, los chantajes y las imposiciones; las conspiraciones, atentados y sabotajes terroristas; o el uso de la fuerza militar en guerras sucias o abiertas. La soberanía de los Estados, como principio del Derecho internacional, es violada en la práctica a partir de las exigencias, a la mayoría de los países, de practicar la «democracia», los «derechos

humanos» o la «lucha contra la corrupción», nociones ambiguas cuya presencia o ausencia, en cada caso, es medida y manipulada por los mismos que las exigen. Argumentaciones que al menos eran polémicas, como las relativas a la interdependencia obligada entre los Estados, han quedado atrás, sustituidas por apelaciones descaradas a la superioridad militar y técnica, las operaciones limitadas, con poco riesgo para los agresores y crímenes impunes contra la población civil, las demandas de obedecer y apoyar los dictados imperialistas o enfrentarse a represalias económicas, y las construcciones de opinión pública cada vez más mendaces e inmorales. Se intenta lograr que todos en el mundo acepten como hechos naturales la desigualdad, la ventaja y los abusos implicados en esas violencias.

La otra lógica imperialista está constituida por una guerra cultural en toda la línea, que moviliza formidables instrumentos y recursos, y ejerce controles totalitarios sobre la información, la formación de opinión pública, los gustos y los deseos. Esa verdadera guerra mundial se dirige a impedir la producción de voluntades, identidades y pensamientos opuestos a la dominación. Recurre al ocultamiento de hechos y a mentiras más o menos burdas o refinadas, pero también apela a brindar datos y crear opinión pública acerca de ciertos problemas e injusticias, seleccionados de manera muy controlada y manipuladora, siempre que se considere conveniente. El objetivo de esta guerra es gobernar todo el mundo de la conciencia de los seres humanos en aquellos aspectos que resulten sensibles para el sistema de dominación. El determinismo económico más grosero, la eliminación del pasado y el futuro —esto es, de la memoria y del proyecto—, la trivialización de las cuestiones y la manipulación del trabajo intelectual, están entre los principios fundamentales de esa guerra cultural.

La segunda es la lógica preferida por el sistema, pero ambas se utilizan alternativamente y siempre son complementarias.

La predilección por la lógica de guerra cultural tiene sus antecedentes y causas en la situación a la que se llegó a partir de 1945, cuando la hegemonía capitalista, después del inmenso desprestigio que significaron para ella el fascismo y los horrores de la Segunda guerra mundial, debió enfrentar cuatro retos: las exigencias generalizadas de reformas sociales redistributivas y de democracia; las identidades nacionales activas, convertidas en una ola de luchas e ideas anticoloniales y de liberación que recorrió el mundo; la emergencia de la URSS y su bloque como un gran poder rival; y el prestigio del socialismo como propuesta válida de organización social.³ En medio de esa situación sobrevino la segunda gran ola de revoluciones del siglo xx, ya no con su centro en Europa, sino en Asia, América Latina y también en África. Ese fue un gran

reto contra la dominación colonial y neocolonial en general, y contra los sistemas de opresión en muchos países, capaz de crear poderes propios que en numerosos casos lograron o intentaron existir fuera del sistema capitalista y convertirse en un polo atractivo para los que deseaban cambios radicales en todo el mundo. Y en los propios países centrales capitalistas se desarrollaron grandes movimientos de protesta que no aceptaban el orden de la nueva etapa imperialista o exigían demandas sociales y reconocimiento de identidades; ellos solían ser solidarios con los que ahora se llamaban «subdesarrollados», y con los movimientos de liberación del llamado Tercer mundo.

Liberación nacional, desarrollo, reforma agraria, socialismo, feminismo, eran palabras vigentes, y todo intento de reformular la hegemonía burguesa debía adecuarse a aquellas realidades. Aunque las represiones y las guerras continuaron sin descanso en el Tercer mundo —hasta llegar al genocidio en los tres continentes—, el capitalismo se vio obligado, en general, a llegar a pactos sociales más inclusivos y regímenes políticos más representativos, y a buscar consensos negociados, en un medio internacional caracterizado por la descolonización y la tendencia a las democratizaciones. La casi desaparición del colonialismo y el paso al predominio del neocolonialismo —que es la relación fundamental de integración en el sistema mundial capitalista en su época imperialista— también implicó el establecimiento de tipos de relaciones e influencias que necesitaban ser fortalecidas y legitimadas con arreglo a la nueva situación.⁴ Un amplio arco de actividades estuvo dirigido a «ganar las mentes y los corazones» —empeño que fue mucho más que una frase feliz en un documento—, pero es necesario recordar que esas acciones guardaban nexos muy estrechos, en la estrategia imperialista, con las «guerras de baja intensidad» y las «operaciones encubiertas».

La bipolaridad establecida en la posguerra entre los Estados Unidos y la URSS tuvo consecuencias muy profundas sobre las rivalidades que hasta entonces habían sido tan importantes en las relaciones entre las potencias imperialistas. La competencia en el plano militar pronto fue inviable, excepto para las dos superpotencias, y la contraposición política e ideológica de la Guerra fría terminó por cerrar el espacio a conciertos de potencias capitalistas en los que el equilibrio de intereses fuera determinante.⁵ Después de 1945, se mantuvo siempre el liderazgo norteamericano en las alianzas militares establecidas en todo el mundo dominado por el capitalismo. En un plano más general, el control de las finanzas internacionales por los Estados Unidos y la profundización de los procesos de centralización capitalista, más la gigantesca presencia ideológica y cultural norteamericana, determinaron el

progresivo predominio de ese país más allá de todas las diferencias de intereses y la competencia económica, que persisten entre los países desarrollados. El lapso de más de una década transcurrido desde el fin de la bipolaridad no ha modificado esa tendencia.

En la segunda mitad del siglo xx, la lógica de guerra cultural no ha expresado solamente la madurez del capitalismo. Ella se ha vuelto obligatoria para el sistema, ante todo por dos razones. Una es que su forma principal de existencia actual es el proceso de transnacionalización y de dominio del capital parasitario a escala mundial, y el predominio de ese proceso está negando las bases de aquel medio que fue formado a mediados del siglo xx, porque trae consigo dos exigencias básicas: *una nueva colonización del mundo y el abandono de la forma democrática de dominación*. La naturaleza del régimen de explotación vigente y el modo en que obtiene su objetivo esencial —el lucro—, así como el grado de centralización del poder que se ha alcanzado en los terrenos principales, han dejado atrás las relaciones sociales capitalistas típicas y sus modelos políticos, ideológicos y éticos. Ya no hay lugar para liberalismos económicos o políticos, ni para reformismos basados en sectores sociales intermedios, ni para programas y gestos populistas; ni funciona más la vieja promesa de llegar a realizar un día los ideales de la modernidad. La lógica de la competencia ha sido sustituida por la lógica de la exclusión, y el ideal del progreso ha sido echado a un lado.

Sin embargo, un mundo sin valores ni comunidad, sin futuros que conquistar, sin esperanzas, puede tornarse muy peligroso. Para conjurar ese riesgo, una gigantesca operación de homogeneización de sentimientos e ideas, cooptación de criterios e igualación de sueños, pretende suplir los límites a los que ha llegado el capitalismo y dominar a todos, hasta a los excluidos, y obtener un consenso que para nosotros sería suicida, porque este sistema no dispone de espacio en el futuro para las mayorías. En el curso de las últimas décadas, la motivación principal de la reformulación de la hegemonía capitalista ha ido trasladándose del enfrentamiento cultural al crecimiento de la fuerza, las capacidades, experiencias y pretensiones de los dominados del mundo —tendencia predominante desde los años 40 hasta los 70—, hacia la prevención del debilitamiento de las bases sociales de los consensos a la dominación, causada por el despliegue de la naturaleza actual del propio capitalismo.

Aquella motivación principal previa sigue siendo, sin embargo, la otra causa para la preferencia de esta lógica de guerra cultural. Los dominados del mundo poseen en la actualidad una inmensa acumulación cultural de experiencias en rebeldías, y de conocimientos relacionados con ellas. El xx fue un siglo de intensas y

abarcadoras prácticas de liberación, en las que participaron cientos de millones de personas. Se desacreditaron el colonialismo, el racismo, la misión del hombre blanco y su civilización; se aprendió que la miseria no es un hecho natural, sino que tiene causa social; las naciones, las etnias, el género, los explotados, los excluidos, se identificaron y se organizaron; los oprimidos del mundo compusieron leyes, ideas, canciones y revoluciones, para sí y sobre sí mismos. La gente, las relaciones, las instituciones, llevan las huellas de aquellas prácticas, de las diversidades que establecieron y de las transformaciones que emprendieron o ensayaron. La guerra cultural imperialista pretende borrar esa riqueza de la rebeldía —que es la adulez de la cultura—, o cuando menos convertirla en pasado despreciado y cada vez más borroso y desconocido. Lo intenta porque reconoce que ese legado de rebeldía es potencialmente muy peligroso. A ese fin se aplican con todos los medios a su alcance, y buscan ayuda en nuestras debilidades.

Ambas lógicas de terror y guerra mantienen al mundo en un estado de violencia cotidiana, que viola los derechos de individuos, grupos y naciones; impone una cultura del miedo, la fragmentación, la indiferencia y la resignación; y rebaja la condición humana.

La nueva fase

El imperialismo trabaja en la eliminación de todo vestigio de los avances en la convivencia humana y la legalidad internacional que se habían conseguido —aunque solo parcialmente— mediante incontables sacrificios de varias generaciones. Pero trata de no verse obligado a admitir abiertamente que lo está haciendo, y hasta hoy ha venido lográndolo: son solo determinadas acciones cuyas las que aparecen visiblemente opuestas al Derecho y la justicia. En realidad, *es la propia naturaleza del imperialismo actual* la que ha ido ocasionando a miles de millones de personas la privación generalizada de una existencia decorosa, del trabajo, del goce de los derechos y servicios sociales, y del acceso a los logros del último siglo, negándoles las posibilidades de cuidar de sí y de sus familias y avanzar en la vida, de albergar la aspiración a ser felices. Las luchas tremendas en las que perecieron decenas de millones de personas lograron que el ciclo imperialista de treinta años de guerras mundiales y fascismo de 1914-1945 fuera sucedido por décadas de avances —cierto es que siempre interrumpidos por dramáticas regresiones— en terrenos como el fin del colonialismo, las políticas sociales con Estados garantes y los sistemas democráticos. Hoy estamos viviendo una nueva época de retrocesos en todos esos campos y en otros.

La privatización es uno de los mecanismos generales del sistema, que oculta algunos de sus peores rasgos y es un emblema cardinal en su ideología. Actualmente es la medida preferida en la política económica de los que tienen y utilizan todas las ventajas del poder, y se presenta disfrazada de la necesidad de eficiencia, sin que contribuya en nada a la competencia entre empresas, porque en el mundo se ha llegado a un grado de centralización capitalista, transnacionales y fusiones nunca antes conocido. Es una burla proclamar el reino del mercado y la iniciativa privada cuando jamás han sido tan férreos como hoy los controles de la oferta, la demanda, la inversión, la producción, la distribución, el consumo, las finanzas y los demás rubros económicos. La «privatización» de la relación laboral deja al trabajador en manos de sus patronos, sujeto a formas precarias de empleo, pagos y seguridad social, explotado a fondo y «libre» de toda protección legal, estatal o sindical. Esta situación es más grave porque el desempleo estructural es ya gigantesco en esta etapa del capitalismo, y ha dejado de depender de ciclos económicos. Por falta de fuerzas efectivas, los trabajadores no tienen hoy voz, ni capacidad de negociación u oposición, ante cambios profundos en la relación laboral que son consecuencia de las manos libres con que funciona la economía capitalista en su fase actual.

La parte enorme y creciente de la población activa de cada país que no participa de relaciones salariales decorosas ni de otras actividades económicas satisfactorias, debe buscar sus ingresos y reproducir sus vidas y las de sus familias apelando a todo lo que esté a su alcance o pueda intentar; pero ese mundo precario es calificado con palabras como iniciativa individual, microempresas u otras expresiones cínicas, alusivas a la «libertad» de que goza el que sobrevive de manera «privada». No hay fronteras entre la precariedad, la marginación y la exclusión, y tampoco entre la actividad legal y la penalizada, para aquellos que no tienen dinero ni relaciones con poderosos. Mientras, el delito en gran escala, y organizado, es prácticamente una rama económica. De un sexto a un tercio de la población mundial carece de alimentación suficiente, vivienda decorosa, servicios básicos para la vida que se considera vivible; es analfabeta, y muere o se enferma de enfermedades prevenibles o curables. En proporciones mucho mayores, no tiene acceso a tipos de trabajo y niveles de preparación personal de alguna complejidad y calidad, ni a los medios de transporte, información, entretenimiento y comodidades que se consideran modernos. Sobre esta situación, una minoría sensible perteneciente a aquellos que no la padecen, puede encontrar un mar de datos, innumerables descripciones y algunos estudios serios. Lo usual son las cifras, los pormenores y las expresiones de condolencia; lo

insólito, las referencias directas a las causas y los culpables.⁶ Por eso palabras como «filántropos» y «compasión» han vuelto a estar de moda; las luchas por donaciones han sustituido a la cooperación para el desarrollo, y hasta consignas tímidas, como «crecimiento con equidad» han caído en desuso.

Las políticas sociales que introdujeron avances de justicia y bienestar, en grados diversos, para mayorías en el llamado Primer mundo, y para amplios sectores en una parte de los demás países, se han reducido y tienden a desaparecer. Junto a ellas se desvanecen los controles estatales de la actividad económica y la función redistribuidora y de servicios que ha tenido el Estado respecto a la sociedad. Es falso, sin embargo, que los Estados «adelgazados» se debiliten. Todos, hasta los más entreguistas al imperialismo, mantienen bastante fuerza en dos terrenos principales: como entidades represivas, y como fiadores y canalizadores de los grandes negocios del capital y de sus instituciones internacionales. Para esa última función siguen siendo vitales sus actuaciones en el campo económico, regidas por el poder y no por el mercado. Por otra parte, las decisiones importantes están fuera del control o la fiscalización de los gobernados, sea mediante sus legisladores, jueces, contralores u otra acción ciudadana. La democracia política —en la medida en que funciona— se ha ido reduciendo a la alternancia entre las formaciones políticas del sistema, y a una cosa pública que se parece demasiado a un espectáculo para ocupar el tiempo libre cívico. Persisten, al menos, las cotas de identidades, actuaciones y capacidades de presión que han obtenido, con sus luchas, ciertos niveles locales y movimientos de la sociedad civil, y los desvelos por las libertades individuales y el Estado de derecho.

El viejo principio de la autodeterminación de las naciones vuelve a ser restringido, manipulado o negado a la mayor parte de los países del mundo. La descolonización, que triunfaba hace apenas medio siglo, está siendo revertida de modo sistemático, a través de nuevas formas neocoloniales; pero también se excluyen del sistema y se abandonan a su desgracia regiones que antes fueron expoliadas. La marginación, la exclusión, las hambrunas, la extrema miseria urbana y rural, las epidemias, son materia de reportajes; pero las transnacionales que dominan hasta las patentes de semillas, y el Estado más poderoso del planeta, se oponen incluso a medidas moderadas como la relativa a las medicinas genéricas. Se han abatido los consensos que se habían ganado acerca de la justicia como condición para la libertad y la obligación de los países desarrollados de cooperar al desenvolvimiento de los llamados subdesarrollados; todo aquel mundo de acuerdos y medidas internacionales, políticas estatales y luchas nacionales, de nociones en uso y de investigaciones sociales atinentes al subdesarrollo y

el desarrollo, tan dinámico todavía hace veinticinco años, hoy parece pertenecer a un pasado remoto.⁷ El capital que devastó a África e inventó la esclavitud masiva moderna, el que requirió decenas de millones de inmigrantes baratos para maximizar su ganancia y para sus pactos sociales metropolitanos, ahora implanta la preocupación por la inmigración y difunde la creencia de que ese es un asunto central de su agenda, y fomenta las restricciones y persecuciones, con las consecuentes renovaciones de la xenofobia y el racismo. En la fase actual del imperialismo se están perdiendo los grados de soberanía y autonomía ganados por los países del llamado Tercer mundo, que eran reconocidos por los sistemas neocoloniales «ortodoxos». Desde hace más de una década vengo denunciando que está en marcha una recolonización «pacífica» del mundo por el gran capital; hoy se me hace cada vez más difícil llamarle «pacífica».

Nada de lo que sucede se debe a la perversión de los ideales, ni al incumplimiento de los proyectos de la modernidad: *es la consecuencia obligada del desarrollo del capitalismo*, para el cual ya resulta sobranante una parte de la población del planeta y una amplia porción de los trabajadores. No se trata de que la mayoría de los países fracasen en cuanto a supuestas necesidades de ajustarse o de abrirse, de privatizar, de ser antinflacionarios o saber atraer a los inversionistas, de reducir o eliminar el gasto social, ni de que estén incumpliendo las «leyes económicas» generales. Se trata del callejón sin salida al que han llegado una economía y una organización social específicas, las del capitalismo, respecto a la satisfacción de necesidades y la existencia de oportunidades para la mayoría de la gente de este mundo, y para la conservación del propio planeta. Lo mismo podría decirse al examinar las dimensiones de la política, de las ideas y de las relaciones internacionales. *No es posible, por tanto, reformar el capitalismo: es necesario denunciarlo, negarlo, derrotarlo y superarlo.*

Un factor de capital importancia, que resulta favorable al imperialismo en esta nueva fase suya, es el profundo retroceso experimentado en las últimas décadas por la organización, las capacidades de resistencia y de lucha, de negociación y de presión de las clases dominadas. Pero antes de referirme a este aspecto de la resistencia y el conflicto, obligado en todo análisis de la dominación, necesito abordar la manifestación principal del imperialismo actual: la de los Estados Unidos.

El imperialismo norteamericano quiere convertirse en imperio

El imperialismo norteamericano podría tener como divisa «imperio, guerra y unilateralismo».⁸ Fue el gran

beneficiario de las dos guerras mundiales, y también de la bipolaridad, y se convirtió en la mayor potencia económica, financiera y militar capitalista. Asumió un papel de vanguardia en el ataque a los intentos de desarrollo autónomo y a las rebeldías en todo el mundo; baste el recuerdo de la guerra de Viet Nam para ejemplificar el uso brutal de su fuerza —que llegó al genocidio y el ecocidio— contra el ejercicio de la autodeterminación y la unidad nacional de un pueblo; y para recordar sus guerras sucias, el del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile —ya se han cumplido treinta años de aquel crimen—, contra un régimen de democracia representativa. Ha sido también el máximo creador e impulsor de las campañas ideológicas que deben consumir todos. Aunque su antigua promesa de progreso, libertad y democracia está totalmente desgastada, con sus formidables recursos mantiene muchos de los atractivos de su propuesta cultural, que sin dudas es la que mostró más dinamismo y capacidad de penetración durante el siglo xx. Pero los Estados Unidos no han sido capaces de contribuir al avance de programas reales de eliminación —aunque fuera parcial— de las consecuencias más graves del colonialismo y el desarrollo desigual en la mayor parte del planeta, ni de optar por el fortalecimiento de un sistema internacional que salvaguarde la equidad en las relaciones, la paz y el respeto a los principios formulados y codificados durante el siglo xx, ni de defender el medio ambiente. En vez de ese camino, han seguido el de utilizar su poder y su papel protagónico al servicio de los más mezquinos intereses nacionales, los del capital transnacional y la extorsión financiera, y la imposición de su predominio irresistible, de talante imperial.

A partir de la bancarrota de su rival soviético, los Estados Unidos emprendieron una nueva ofensiva por el dominio pleno a escala mundial, utilizando todos los medios a su disposición en la nueva coyuntura de los años 90. El grupo dominante en el país en la actualidad ha ido mucho más lejos, a pesar de la precaria legitimidad de la elección presidencial de 2000. Con soberbia inaudita se han autodesignado campeones de una supuesta lucha mundial contra el terrorismo que los autoriza a aterrorizar, chantajear, someter o agredir a quien quiera, incluidas las agresiones preventivas «en cualquier oscuro lugar del mundo». Están probando reducir o moldear las normas de convivencia a su arbitrio, convertir en algo natural sus coacciones y abusos, y asumir unos papeles y un aire imperial. Ante su poder y sus chantajes, gran parte de los Estados sencillamente se somete, y la ONU ha ido declinando, mucho más allá de sus vacilaciones, hasta convertirse en una sombra. Si hacemos a un lado el espeso humo de la retórica de sus dirigentes, en la que se mezclan viejas consignas chovinistas con grotescos desplantes

recientes —como «justicia infinita», «eje del mal» o «Dios no es neutral»—, podrían sintetizarse así los designios del imperialismo norteamericano: apoderarse de los recursos más estratégicos del planeta y obtener todas las ventajas en la economía internacional, expoliar a los países subdesarrollados y controlar más a sus aliados del llamado Primer mundo, ser el policía mundial y someter a combinaciones de manipulación y coerción a su propio pueblo.⁹

Los riesgos de guerras abiertas se han multiplicado rápidamente. Mientras se preparaba el Tercer Foro Social Mundial, los imperialistas se aprestaban a una nueva guerra contra Iraq. Como ilustración ejemplar de las miserias de la época en que vivimos, no se discutieron en ese caso las realidades palpables: doce años de agresiones económicas que ocasionaron miseria y mayor mortalidad a la población de aquel país, bombardeos «limitados», fuertes recortes de la soberanía, inspecciones de la ONU que no encontraron lo que se deseaba. En su lugar, se hacían exigencias de rendición y se disponía un despliegue militar creciente; la única cuestión a debatir era si los Estados Unidos tenían derecho a aplastar a Iraq sin hacer caso a nada, o si debían esperar a que el Consejo de Seguridad de la ONU los «autorizara».

Si no olvidamos que las analogías siempre dejan en suspenso las diferencias, el mundo actual se parece mucho al de la segunda mitad de los años 30 del siglo pasado. Una superpotencia apela a la ideología de la superioridad de una nación y de su derecho soberano a disponer de las demás, hace trizas los organismos y el derecho internacionales, juega a debilitar a los otros grandes del capitalismo, y aspira al gobierno supremo del planeta. En ese camino de imposiciones, su grupo dominante altera el control indirecto de sus propios ciudadanos, que ha sido una parte principal de las bases de su hegemonía interna, y conduce al pueblo al plano inclinado de la disminución progresiva de sus derechos ciudadanos, los peligros de la guerra y el odio de los demás pueblos. Para los países desarrollados, que son a la vez socios y competidores suyos, se abren inciertas interrogantes: acabar de someterse a los Estados Unidos, hacer apaciguamiento,¹⁰ o ir a la rivalidad y la búsqueda de nuevas alianzas. Los más perjudicados, que son los pueblos de la mayoría de los países del mundo, no cuentan en esta coyuntura con poderes de magnitud suficiente para enfrentar a esa superpotencia, ni con una voluntad de rechazo generalizado ante esta perspectiva ominosa que se les viene encima.

Ha aparecido el calificativo de nazi para el régimen y la actuación de los que dominan en los Estados Unidos.¹¹ Sin dudas hay numerosas diferencias entre el mundo de los años 30 y el actual, y entre las condiciones de existencia y los rasgos principales del régimen de

Hitler y el que preside George W. Bush; el fascismo tuvo su lugar —el más horroroso— en la historia del imperialismo de la primera mitad del siglo xx. Sin embargo, es por lo menos inquietante que ese apelativo infamante parezca encajar bien en la realidad actual que quiere designar. Un académico norteamericano considera que los Estados Unidos «se están moviendo hacia un régimen totalitario», conducido por «fanáticos e intolerantes ideológicos».¹² Por mi parte, quiero llamar la atención sobre un hecho: los Estados Unidos conquistaron una imagen positiva a escala mundial con su democracia burguesa sin un sistema colonial, y con la derrota del nazismo en 1945. Hoy ese país es el protagonista del retroceso franco que se experimenta con la quiebra de la democracia y la recolonización mundial, y apela cada vez más a la imposición y a la violencia abierta. Parece, pues, un heredero de lo peor de las dos formas principales del imperialismo de hace sesenta años, y la muestra palpable de que dentro del capitalismo no hay solución para los problemas y necesidades de la humanidad.

La actualidad nos muestra, sin embargo, experiencias que es necesario asimilar, y algunas señales alentadoras. Frente a la inminencia de la agresión a Iraq, millones de personas respondieron a convocatorias para manifestar, a lo largo del mundo, su protesta y su repudio a la guerra, en las calles y a través de todos los medios que supieron utilizar. Las jornadas del 15 de febrero y el 15 de marzo fueron movilizaciones extraordinarias. Movimientos sociales de los más variados tipos llevaron el peso de su organización, junto a algunos sectores políticos, pero lo determinante es la masa inmensa de personas motivadas que salieron a participar. Un gran número de personalidades de los más diversos campos se ha sumado a las protestas y está dejando productos intelectuales que ayudan a reflexionar y a convocar. El inicio de la guerra no abatió las protestas, ni siquiera en los Estados Unidos —como temían algunos—; la condena moral a los imperialistas agresores se volvió cotidiana y encontró expresiones de verdadera fuerza. Los bombardeos masivos contra la población civil, el asesinato de miles de personas inermes desde el aire y por las tropas de tierra, las privaciones causadas a millones, certificaron quiénes son los criminales. La valerosa defensa de su patria por los combatientes iraquíes obligó a los invasores a una campaña difícil, y desprestigió todas las mentiras acumuladas por sus declaraciones y las de sus cómplices; la férrea censura a los medios y las noticias ridículas no lograron torcer esa verdad. Los graves saqueos propiciados por los invasores después del fin de la resistencia —que incluyeron tesoros de la historia de la humanidad— evidencian una intención de desmoralizar al pueblo iraquí que no se detiene ante ninguna inmoralidad.

Se hacen visibles los costos, hasta esta fecha, de la aventura de Iraq para los imperialistas. No fue posible aplastar desde el aire a un país —nunca ha sido posible—, y a pesar del alto grado de desarme previo, los defensores les causaron cientos de bajas a los agresores; si la resistencia armada duró solo tres semanas fue porque la dirección de Iraq seguramente tramitó su final. El grupo dominante en los Estados Unidos sabe hoy que tendrá que enfrentar dificultades internas ante cualquier perspectiva de bajas mayores. Además, la resistencia fue más notable si se recuerda la falta de unidad étnico-religiosa de Iraq y los enfrentamientos y agravios que eso conllevaba para el gobierno de Hussein, más otras cuestiones previas que ponían a ese gobierno en desventaja. Y frente a la ocupación militar, los chiítas que reafirmaban su fe y sus derechos religiosos reclamaron la inmediata salida de los norteamericanos. No hubo agradecimientos por parte de los diferentes sectores del pueblo iraquí, sino el reclamo cívico de que se retiren los invasores. Por otra parte, las movilizaciones de calle y los innumerables escritos en contra de la acción imperialista dejan, sin dudas, huellas positivas en cuanto a profundización del rechazo, a los grados de conciencia y experiencias prácticas alcanzadas por los involucrados, y al desprestigio que cae sobre los políticos dirigentes de la agresión y sus argumentos, y sobre la maquinaria que la desató.

Sin embargo, es necesario reconocer el rápido y fuerte descenso del movimiento de denuncia y protesta, que no ha sido capaz de persistir, frente a una fuerza sistemática. El frío asesinato de los periodistas europeos, al que siguieron dos crueles matanzas de civiles desarmados, en Mosul y Jabullah, no levantó campañas de condena, ni la exigencia de la salida de las tropas extranjeras de Iraq. En su lugar, se abrió nuevamente una campaña contra Cuba, a partir de sanciones de tribunales de justicia cubanos a ciudadanos cubanos; de inmediato los temas de debate público internacional pasaron a ser la procedencia de la pena de muerte, los derechos formales de opinión y el deber ser del socialismo. No aludiré al contenido de ese debate,¹³ sino a lo que, a mi juicio, significa. Primero, el imperialismo mantiene su ofensiva, después de un amago hacia los vecinos de Iraq que era más bien un final de aquella aventura militar: no se juzga más su crimen, sino el que se atribuye a un país satanizado que los Estados Unidos han denunciado siempre. Segundo, el control casi total de la opinión pública se restablece, haciendo que discuta lo que el imperialismo quiere, y no lo que las mayorías necesitan. Tercero, un éxito en su guerra cultural, cuando se establece la confusión a partir de condenas «dobles»: a los que «violentan la paz mundial» y los que «pisotean los derechos humanos» —una suerte de «dos demonios» supuestamente

iguales—, un primero que es olvidado o dado por «incorregible», mientras se intenta desacreditar y debilitar al segundo. Al confluir en la condena a Cuba individuos y organizaciones que no son defensores del sistema, con otros que se oponen a todo poder popular y a todo cambio social que lesione al capitalismo, y con los agentes de los Estados Unidos, se fomentan los recelos y el divisionismo entre los críticos del sistema. Cuarto, se refuerza la presión sobre los críticos más conscientes del imperialismo, tratando de aislarlos, y hacerles perder crédito por no ser «imparciales». Y por último, pero no menos importante, se avanza en el desarrollo del esquema agresivo actual contra Cuba, que tiene su dinámica propia para el imperialismo.

El gobierno cubano actuó con gran decisión, ha expuesto los hechos reales y respondido con argumentos de mucho peso a las acusaciones y las maniobras imperialistas. Movilizaciones populares extraordinarias han vuelto a mostrar la unión de las mayorías en la defensa de la soberanía nacional cubana y su tipo de sociedad anticapitalista. Y un mes de pugna ideológica internacional alrededor de Cuba ha ayudado a clarificar en qué consiste ser solidario con los que luchan en el mundo de hoy; la ola de apoyo que se alzó, y el propio debate de criterios diversos, dejan un saldo positivo. Esta es una experiencia muy valiosa: el grupo dominante en los Estados Unidos no es omnipotente, una pequeña nación, donde se vive de manera más solidaria, puede enfrentarse a sus designios porque posee un poder propio y unidad popular en torno a él, conciencia política y moral suficiente, preparación y medios para defenderse, y sabe que hacer concesiones a ese enemigo sería mortal.

Conocer y valorar las dificultades que encuentra la superpotencia imperialista cuando pasa del reino de la manipulación en abstracto al de los hechos es un buen antídoto contra la resignación o el desánimo. La capacidad de actuación y desarrollo del movimiento de protesta, y el significado trascendente que tiene la resistencia decidida de un pueblo, son enseñanzas que muestran los límites y las debilidades del imperialismo.

Atreverse a luchar

Dedicaré la parte final de estas reflexiones a las posibilidades y las necesidades del movimiento que se opone a la dominación, ya que es la oposición a ella la que me motiva. A este tema le dedico una gran parte de mi trabajo intelectual; aquí me limitaré a unos breves comentarios. Ante todo, por una razón que concierne a cualquier análisis que se haga del imperialismo actual: *las debilidades de nuestra oposición a él forman parte muy importante de su fuerza.*

El Foro Social Mundial es una expresión más de la potencia mayor con que cuenta el movimiento: una enorme acumulación cultural, hija de actividades muy diversas, fruto de los combates, las ideas y los sentimientos de varias generaciones que se han enfrentado a la dominación. Constituye un cuerpo inestimable de experiencias, tradiciones, solidaridades, órganos de pensamiento y de lucha, deseos, preguntas, disconformidad. El imperialismo se ve obligado a reconocer la existencia de ese potencial de rebeldía, lo tiene siempre en cuenta y se empeña en neutralizarlo, esterilizarlo, inducirnos a olvidarlo. Antes se benefició de nuestra debilidad y nuestra ignorancia. Ahora solamente somos débiles. ¿Permitiremos al imperialismo privarnos de nuestra cultura de rebeldía, adquirida con tantos sacrificios?

Lo primero es el ejercicio de la voluntad de protesta, de denuncia, de adquirir cada vez más conciencia y mejor organización, de coordinar los esfuerzos de todos y formar una internacional de voluntades. El desafío es forjar y convertir en un fenómeno masivo la disposición a resistir, a confiar en nosotros mismos, a pensar, hablar y sentir con independencia, creatividad y audacia, de manera autónoma respecto al poder de ellos, dejar de ser una parte subalterna del propio cuerpo de la dominación. En el principio está la voluntad de luchar; el reto es construir bien esa voluntad y generalizarla. Desde ese punto de partida, hay que contrastar siempre la decisión de actuar con el análisis serio de los problemas esenciales y los datos reales, pero estos deben ser buscados y formulados con independencia, por parte de nosotros mismos, y no dentro del terreno de los problemas, datos y creencias que ellos organizan para el consumo nuestro. Como denominador común tenemos un campo de ideales que compartimos cientos de millones de personas, que es también fruto del siglo xx, formulado en ideas que han pasado a formar parte de la sensibilidad y las convicciones, y que es muy difícil rechazar o despreciar. Entre ellas está la repulsa a que se causen sufrimientos, y a las situaciones de indefensión de personas y grupos humanos, porque ya no se acepta que ese sea un orden natural; incluso se ponen en relación esas situaciones con los privilegios e intereses de los ricos y poderosos; también están las exigencias de democracia y la condena al uso de la violencia.

Es preciso liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Se han abolido las palabras que expresaban los afanes, logros y luchas de las mayorías, sustituyéndolas por las de una neolengua que nos desarma, al impedirnos pensar y sentir con autonomía, que confunde y distorsiona las relaciones entre las personas, grupos y países, y trastorna la identificación de los hechos y los símbolos, que convierte la inequidad social en hechos

naturales. Urge rechazar por todas partes esos instrumentos del sistema, divulgar sus funciones y defender el uso del idioma que el pensamiento social ha elaborado para conocer las sociedades, y promover la creación de los nuevos conceptos que sean necesarios. Para realizar esa tarea, que no puede esperar, no es necesario tener una correlación de fuerzas propicia, ni grandes recursos. Un aspecto central de la indispensable democratización de los medios de comunicación es lograr que en vez de servir de puente para la aceptación progresiva de la sumisión al imperialismo, sean vehículos de un lenguaje y un pensamiento favorables a las necesidades de la sociedad.

El capitalismo ha dejado de ofrecer al mundo las promesas del progreso, el desarrollo económico y la democracia, porque ya no le es posible siquiera invocarlos. En su lugar, apela a la fuerza de sus finanzas, recursos materiales y armamentos; a inducir a todos a creer que el mundo se divide en incluidos y excluidos, y que cada uno luche por ser un incluido; a utilizar la violencia criminal en una supuesta guerra mundial «contra el terrorismo», organizada por los mayores terroristas de la historia; a exigir a los países que se sometan y abandonen todo proyecto nacional; a desmoralizar y desalentar resistencias promoviendo la aceptación general de que son invencibles; y a fabricar e inducir consensos con su formidable maquinaria cultural. Explicar, divulgar y condenar esa estrategia de la dominación es un paso en el camino de debilitarla y comenzar a desmontarla.

Nada lograríamos, sin embargo, si no emprendemos desde ahora el cambio de nosotros mismos. Hay que hacer que el vigor y entusiasmo con que se participa en las actividades de protesta, denuncia o rebeldía se extiendan a prácticas de alcance más profundo y con tendencia a la permanencia, que nos eduquen para ser capaces de crear otro mundo diferente y opuesto —y no solo opuesto— al mundo en que vivimos. Esas transformaciones subjetivas serán las que contribuyan de modo decisivo al desarrollo de una fuerza suficiente para cambiar la sociedad.

Librarse de la dominación cultural es lo más difícil, y será un largo trayecto. Pero nada sustituye la primacía de la actuación. Objetivos muy concretos y perspectivas de cambios muy radicales, y trabajar en ambos campos a la vez: ese es el camino. Los millones que se manifiestan contra la guerra, junto a los que organizan vehículos sociales y políticos para la resistencia, los que construyen reforma agraria y se proponen abolir el hambre en países como Brasil, los que defendemos un futuro humano para la Humanidad en Cuba, los que resisten y combaten de mil maneras en tantos lugares del mundo, podemos y debemos redoblar y coordinar nuestros esfuerzos. La concientización y la protesta deberán ir

creando sus propias formas políticas y sus ideas, porque se avecina un conflicto mortal con el enemigo de la vida. Si llegamos a ser capaces de unirnos, haremos posible la victoria, y comenzaremos a hacerla realidad.

Notas

1. Una primera aproximación a este tema fue presentada por el autor, el 24 de enero de 2003, en el Tercer Foro Social Mundial de Porto Alegre, Brasil. La convocatoria pedía referirse a «la contradicción del sistema internacional, basada en un análisis del significado actual de imperio y del auge del unilateralismo. Lógica del terror y la guerra e inexistencia de la legalidad internacional. ¿Cómo puede ser rota la hegemonía interna y externa del gobierno de los Estados Unidos?». Aunque he ido mucho más allá en el análisis en esta redacción final, y he introducido valoraciones de los acontecimientos de los cuatro meses siguientes, prefiero respetar aquel punto de partida, que le dio su ámbito de contenidos y su propósito de contribuir a la actividad y el pensamiento de los opositores al sistema.

2. La obra *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri (Harvard University Press, Cambridge, 2000), tuvo enseguida gran repercusión y varias ediciones (véase *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002), y ha suscitado fuertes polémicas. Para unas críticas que comparto, véase Atilio Borón, *Imperio e imperialismo*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2002, y Néstor Kohan, *Toni Negri y los desafíos de Imperio*, Campo de ideas SL, Madrid, 2002.

3. Las experiencias socialistas incluían hechos graves que contradecían ese prestigio, pero es innegable que este se había afirmado mucho. La victoria soviética frente al fascismo y sus éxitos subsiguientes pesaban, mas el socialismo apareció en las luchas revolucionarias de países colonizados y neocolonizados como una opción propia frente a las coaliciones de enemigos internos y externos, y para la lucha contra el subdesarrollo.

4. «Neocolonialismo es el concepto que expresa la supeditación más o menos completa de un país que posee entidad estatal formalmente independiente, a otro Estado capitalista (o a más de uno) que viabiliza y representa a fuerzas económicas muy superiores a las del Estado neocolonizado, fuerzas económicas que constituyen el vehículo fundamental de la generalización y permanencia de aquella supeditación, aunque estén asistidas por fuerza política, ideológica e incluso militar». Fernando Martínez Heredia, «Neocolonialismo e imperialismo. Las relaciones neocolonialistas de Europa en África», *Economía y Desarrollo*, n. 58, La Habana, julio-agosto de 1980, p. 151.

5. En el famoso discurso en que inventó el término «cortina de hierro», Winston Churchill había dicho en Fulton, Estados Unidos, el 5 de marzo de 1946: «Los Estados Unidos están hoy en el pináculo de su poder mundial», para pedir a continuación una alianza anglo-norteamericana por fuera de la ONU. En una tormenta de opiniones diversas, el presidente Harry S. Truman se mostró complacido, mientras el Secretario de Estado, Henry Wallace, dijo temer que los anglo-norteamericanos anduvieran «pavoneándose por el mundo y diciéndole a la gente lo que deben hacer». Piqueteros en Nueva York cantaban a Truman: «No seas un pelele / del imperialista Winnie (Churchill)», mientras Stalin declaraba a *Pravda* que las naciones no deseaban cambiar «el dominio de Hitler por el dominio de Churchill». En aquella coyuntura, Gran Bretaña, los Estados Unidos y la URSS estaban ventilando un diferendo por el petróleo de Irán y por su influencia en aquella nación del Medio Oriente. ¡Cuántas diferencias, cuántas analogías! (Todas las citas son de Thomas G. Paterson, Garry Clifford y Kenneth Hagan, *American*

Foreign Policy. A History / since 1900, v. II, D. C. Heat & Company, Lexington, Mass, 1983, p. 445).

6. Hay algo más que hipocresía en los informes anuales sobre pobreza que publican instituciones como el Banco Mundial (BM), un protagonista del saqueo del mundo por las finanzas imperialistas. Su «lucha contra la pobreza» forma parte de la guerra cultural que contribuye a convertir en algo natural la explotación, al sustituir el ocultamiento por informaciones manipuladas y construcción de imágenes que «hermanan» al asaltante con el asaltado, crear confusiones y sugerir algunos paliativos convenientes al sistema, como el Documento de Estrategia de Lucha contra la Pobreza, de 1999, del BM y el Fondo Monetario Internacional. Véase Eric Toussaint, *La Bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, CADTM-Bruselas, Editorial Gakoa, San Sebastián, 2002, pp. 239-40 y 424.

7. Habría que recordar los dos Decenios del Desarrollo, de la ONU, y su Programa Mundial del Desarrollo Económico y Social, de 1975, que ratificaba el compromiso de los países desarrollados de aportar 0,7% de su PNB a través de la famosa asistencia oficial al desarrollo, la noción de nuevo orden económico internacional, etc. Pero no puedo detenerme en este, como en otros aspectos de suma importancia, para no desmesurar el tamaño y oscurecer el sentido de este texto.

8. Esas tres palabras eran el título del Panel del Tercer Foro Social Mundial donde presenté mi primera aproximación a este tema.

9. No abordo aquí las debilidades de la economía, ni la pésima situación en que viven varias decenas de millones de personas en los Estados Unidos, pero es obvio que el control de ambas cuestiones es también una motivación principal para el grupo dominante.

10. La política de «apaciguamiento activo» de Gran Bretaña y Francia, en 1936-1939, pretendió disuadir a Adolfo Hitler para que cesaran las conquistas fascistas en Europa. Cuando se firmó el Pacto de Munich (29 de septiembre de 1938) entre Alemania, Italia, Gran Bretaña y Francia, el primer ministro británico dijo que se había conseguido «la paz para nuestra época». Todo fue inútil: antes de un año había comenzado la Segunda guerra mundial.

11. Véase Fidel Castro, «Discurso en la concentración por el 1º de mayo de 2003», *Granma*, 2 de mayo de 2003.

12. Sheldon Wolin, constitucionalista, Profesor Emérito de Ciencia Política en la Universidad de Princeton, escribe en «Totalitarismo invertido», publicado en *The Nation*: «la guerra de agresión a Iraq oscurece el cambio de régimen que se está produciendo en la *homeland* [palabra inglesa para patria, preferida por Bush. FMH]». Y argumenta acerca de los rasgos de la imposición progresiva en el país de «un sistema de totalitarismo invertido», que persigue los mismos objetivos que los nazis, pero con métodos y acciones diferentes. Por su parte, el filósofo italiano Giorgio Agamben (*Frankfurter Allgemeine Zeitung* 19 de abril de 2003), compara el estado de excepción aplicado por el gobierno de Bush con la Orden para la Protección del Pueblo y el Estado, de Hitler, en 1933. Tomo estas informaciones de Carlos Fazio, «Los nuevos nazis» (*La Jornada*, México DF, 19 de mayo de 2003), que a su vez califica: «la política bushista basada en la concentración del poder corporativo en casa y un imperialismo agresivo en ultramar», en revista digital *La Jiribilla*, www.lajiribilla.com, La Habana, 19 de mayo de 2003.

13. Lo hice en un breve texto, «Los intelectuales y la dominación», el 26 de abril de 2003, publicado en órganos digitales, como *Rebelión*, de Madrid, y *La Jiribilla de Papel*, n. 0, La Habana, mayo de 2003.

© TEMAS, 2003.